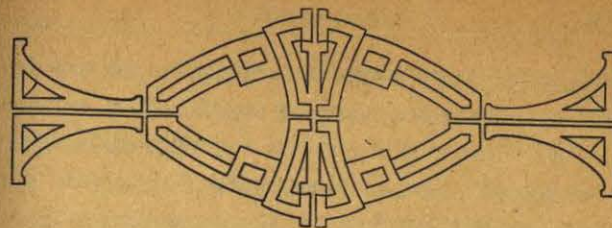


superpuestos ò entrecruzados que mediaban entre todas aquellas gentes, sobre las cuales flotaban los recuerdos como vapores brillantes y de diversos colores. Compadecía á Fróncín por su ceguedad y admiraba á Saverne por ser amado. Ignacio le parecía un niño, con su pasión obstinada á que su ironía no tocaba.

Después este ejercicio le fatigó, llamó al director de la orquesta, le puso un luis en la mano, le rogó que tocaran el célebre aire:

« Ríete payaso,
ríete de tu dolor... »

y en voz alta pidió una botella de *champagne* seco.



CAPITULO VI

Una mala pendiente

Era el día de año nuevo. Juana, que se había levantado á las tres de la tarde, acababa de almorzar sola y malhumorada en su vasto comedor desnudo de la plaza de Vendôme. La comida ó cena familiar tradicional de la noche precedente, no la había dejado nada contenta. Disgustada Sofía Verneuil por que su hija no la había dado de aguinaldo más que quinientos francos, cuando ella esperaba mil, al llegar á los postres de aquella cena había empezado á armar camorra con Clotilde Aubryet, y las dos madres se habían enredado en serias disputas. Además ahora habían dado Francisco y Darnot en aliarse contra ella para reprocharla por sus gastos, por el doble alquiler, por las facturas que la estación, consagrada al arreglo de cuentas, hacía más numerosas, avanzando así la ola, cada vez mayor

y más amarga, de las recriminaciones. ¿Nó era esto como si tuviera dos maridos regañones y rapaces que derrochaban el dinero en el juego, en el círculo, en el café, en combinaciones financieras, que generalmente abortaban, y de cuyos desastres se disculpaban el uno con el otro?

Fuera hacía un tiempo casi dulce, bajo un cielo amarillo en que la nieve estaba en suspenso. Se oían sobre la plaza y en la calle de la Paz, los rumores de la riqueza, el paso sonoro de los caballos, el sonsonete de los arreos, las trompetas súbitas de los automóviles.

—¡Ah, si nosotros tuviéramos aun el nuestro!...

Pero hacía quince días que lo tenían en venta, á fin de cubrir el déficit de año nuevo, y Sylvain no ejercía ya más que el oficio de lacayo.

Lucía, la camarera, entró, pequeñita, pálida, mal peinada y dijo con voz chabacana:

—Señora, el señor conde de Fonteroy.

—Está bien, ya voy; encienda V. fuego en el salón.

Juana bostezó, se estiró, se levantó, fué á su tocador, aplicó sobre las mejillas sonrosadas y frescas unos polvos de arroz, y después se miró complacida en diversos espejos, cada uno de los cuales tenía su privilegio: éste hacía resaltar los encajes negros; en el otro se veían mejor el cuello y las espaldas habilmente dejados al descubierto; en ninguno como en este aparecían el reflejo de los ojos claros, el estremecimiento de la nariz y de la delgada boca con su armonioso atractivo... Un poco de tal perfume sobre los cabellos encrespados, un golpe de pulidor á las uñas, y ya está la señora dispuesta para la comedia.

Esto se renovaba cada día, desde la semana en que encontró en aquel té de las cinco de la tarde á Pablo de Fonteroy.

El gentilhomme estaba todavía de pié en el salón, paseándose con andar de enclenque y cara de viejo, cuando Juana entró sonriente, decidida, y le tendió la mano. Él se inclinó mucho, tanto que ella le vió la raya de su peinado de la nuca, la besó ceremoniosamente la punta de los dedos, se incorporó ágil, y mostró una frente ancha y severa, como la de Francisco, llena de arrugas precoces, las cuales provenían de sus cuidados ideológicos y de sus preocupaciones mundanas. Los escrúpulos de Pablo de Fonteroy iban de la *soirée* de anteaer á la sociedad de mañana, oscilaban entre el «snobismo» y la anarquía. Bajo su nariz ancha y larga, la parte inferior de su cara estaba encogida. Hablaba alto por continencia, amortiguando las *tt*, silbando las *ss*, inflando las *oo*, subrayando con gestos precisos sus discursos vagos é insignificantes.

Juana no le escuchaba, pensando que este semi-fantoché habría de representar, sin duda, algún papel en la vida de ella. Le adivinaba por el timbre de la voz que al ir allí se había lanzado á un madrigal, y esperaba á que acabara de hablar, para cojer y desplegar el pequeño paquete que él la tenía, que él había traído entre sus guantes blancos demasiado largos, para entregarle él mismo.

Era una soberbia pitillera de oro con un enlace majestuoso de brillantes y perlas.

Juana extasiada le daba las gracias, y de nuevo los besos cayeron atrevidos sobre sus puños, de los labios del donante. La amaba y la deseaba; esto era visible. Ella le encontraba cómico, pero como

sabía que era colosalmente rico, le atendía, por lo que pudiera suceder.

Generalmente, cuando se sentaba se calmaba en él el don Juan, por que el muñeco se desarticulaba. Por chanza le hizo sentarse en un sofá forrado de seda crema, de dos mil francos, la última locura del año pasado, al lado de ella, en donde Juana le hizo sentir la presión de sus brazos delgados. Él se dejaba hacer, iniciando una pequeña sonrisa senil. Una vez que ella le conoció la intención, empezó á hablarle... Era muy bonito el regalo... ¿Y cuándo organizaría en el parque de Monceau, en su hotel, la fiesta que había prometido, y á la que sería invitado todo el barrio de San Germán? Juana contaba con este acontecimiento para hacer morir de envidia á Laura Montmélian y asaltar ella la buena sociedad.

—Pronto, pron...to... en cuanto yo esté definitivamente instalado—respondió Fonteroy partiendo las palabras, y añadió:—Mis primas del Hosquet tendrán un gran placer en conocer á V., de quien yo las he hablado mucho... ¡Oh, los soberbios encajes de puro Chantilly, no es esto?...

—Si nuestra situación todavía irregular, las puede hacer tener algun reparo, dígalas que dentro de algunas semanas nos casaremos legítimamente Francisco y yo... Y á propósito: ¿V. tendría inconveniente en ser testigo de uno de nosotros?

—Al contrario, ciertamente, yo tendré en ello el mayor gusto... A condición de que V. me haga una pequeña visita...

—Está bien, está bien... se verá, si V. es juicioso.—Juana no pudo dejar de sonreirse. Este joven viejo esperaba sin duda ser más animoso en su

domicilio. La habían bastado diez minutos para creer que le dominaba. En cuanto fijaba en él sus ojos inestables, bajaba Fonteroy los suyos, y empezaba á jugar nerviosamente con el bigote.

—¿Usted trabaja como me lo ha prometido?...

—A este punto de la visita y de la conversación, Juana se inquietaba generalmente por los estudios metafísico-sociales, en los cuales aparentaba interesarse. Él murmuró modesto:

—No tengo la cabeza para cosas serias. Es el poeta, sobre todo, por causa de V., quien domina ahora en mí.

—¡Ah, pues bien, recíteme versos!... Adoro los versos...

El se dispuso á obedecer, cuando una de las puertas Luis XVI, con filetes de oro, se abrió bruscamente y apareció Darnot con mal aspecto, furioso de encontrar á Juana á solas con su nuevo pretendiente.

—Escuche, mire V. esto que hermoso—dijo Juana á Marcos mostrándole la pitillera. Pero él brutalmente dijo:

—Francisco no volverá hasta las ocho á la calle de Pigalle. Me ha encargado que se lo advierta á V.

Hubo un silencio embarazoso. El secretario tenía la actitud insolente de quien no está dispuesto á ceder su plaza. Juana aunque irritada contra él, experimentaba su fascinación y no osó hacerle comprender que estaba allí de más. Fonteroy hacía vanos esfuerzos por desarrugar el entrecejo á aquel importuno. Por fin, vencido, levantó la sesión y salió haciendo gestos, promesas y reverencias. Era costumbre en él tener á sus interlocutores en la espera angustiada de su marcha, bajo el fuego de finezas inagotables.

Apenas hubo desaparecido,

—¡Que tipo!—exclamó Marcos, y con sus manos de mono, y encorvándose imitó la última silueta del noble visitante.

—Querido, tiene V. unas maneras con mis amigos...—comenzó Juana molestanda, pero él la interrumpió:

—Dejemos esas cosas á un lado. He hecho mis cuentas. Nos quedan noventa y tres mil francos en caja...

—Es una bonita cifra...

—Espere V. Con los diversos gastos recientes, las facturas de los tapiceros y el alquiler, debemos cincuenta mil. Si el automóvil no se ha vendido, estamos... estaréis en breve plazo en una alegre situación .. con treinta y cinco mil francos por todo capital, que con vuestro plan de vida...

—No estamos todavía mal... y sobre todo ¿que quieres tu que yo haga, querido?...

Juana le sopló á la nariz el humo de su cigarro. El siguió:

—En tres meses ha gastado V. nuestras reservas...

—¿Cómo, yo he gastado?... Es fuerte cosa esta!... ¿Y tú, y Francisco, y mamá?...

—¡Ah, sí, y mamá!... Sus cuentas suben á tres mil francos en el total de las de V., que suman diez y siete mil... ¡Y está V. de luto!

—Ustedes han jugado, V. y Francisco, y han perdido.

—Es verdad, hemos jugado... Era preciso probar fortuna de alguna manera... Pero esto no tué todo. La cuestión es que hoy estamos casi sin nada, ¿comprendes? y en un período del año en que todo

recurso es imposible, en que no puede hacerse nada en ninguna parte.

—Si es necesario yo venderé mis alhajas... ¡Ah, una idea, oye!... La pitillera de ese idiota...

Darnot la cogió, la dió vueltas en sus manos, y después, alzando las espaldas dijo:

—Vale tres mil francos... Nosotros necesitamos veinte mil luises... Con veinticinco mil francos, yo montaría mi negocio de automóviles y estaríamos á flote en seis meses... ¿Pero dónde encontrar esa cantidad?

—Entre los usureros... Mamá conoce uno inmejorable... en Batignolles.

—¿Y con qué garantía nos prestaría? No tenemos crédito. Si pudiéramos sostener este tren, perfectamente; sí no... hasta nos negará la carne el carnicero.

Juana tuvo durante algunos minutos una cara dolorosa y grave.

—¡Ya, ya estoy en ello, ya!—Y le pareció oír detrás de la puerta dorada los pasos cautelosos de la miseria presta á abrir y entrar.

El día declinaba. El ruido de los carruajes y de los caballos se estendía por la plaza obscurecida. La ilusión invadía de nuevo el corazón de Juana. Ahora entreveía sentado en el sofá el espectro de Pablo de Fonteroy ó de cualquiera otro hombre rico y frágil que sirviera con largueza á su belleza y á sus astucias. Era joven. Tenía porvenir. La confianza volvía á ella.

—¡Bah!—dijo—Hoy es día de fiesta, no pensemos en eso. ¿Vamos á estar siempre lamentándonos? Se acabaron los pesimismo y los temores. Todo se arreglará... Marcos, esto está triste, me aburro.

Vamos á la calle de Pigalle. No pongas esa cara de ahogado. Ya ves que llevo tu brazalete. Si esto no es una prueba de amor, tampoco lo es de odio... y acuérdate de que para conquistarme á mí, lo esencial es estar alegre...

En tanto que ella iba á vestirse, Darnot, sólo en el salón, se puso á reflexionar. A una hora alzó la cabeza, se vió en un espejo y su propia cara le dió miedo.

Poco después marcharon los dos á pie, en aquel crepúsculo de invierno. Los escaparates de los joyeros aparecían vacíos y devastados como después de un robo. Cuando llegaron frente al de Heinsdruck dijo Juana:

—Toma, entra ahí con eso y procura obtener un buen precio.

Le entregó la cigarrera, el regalo de Fonteroy, y continuó andando poco á poco, por que estaba disgustada con el joyero desde la historia del solitario. Cinco minutos después volvió á unirse á ella su compañero. Le habían dado seiscientos francos por la pitillera.

—Guárdalos... tu los jugarás—le dijo Juana.

—Pero es que...

—¿Te embaraza eso, viejo mío? Pues bien, parte con Francisco.

Luego caminaron silenciosos. Cuando llegaron á la calle de la Chaussée d' Antin, empezó á nevar, y los copos blanqueaban la penumbra.

—¡Es extraña la memoria!—exclamó Juana.— Toda mi triste infancia acaba de aparecérsese ahora, en unos segundos, en este día de fiesta, ante ese escaparate de panadería... con este cristal de nieve en los labios. Las escenas... las batallas, las

crisis de mamá... de papá... Eutonces también se hablaba de dinero... ¡Ah, el dinero!

—¡Es muy necesario!;...—suspiró filosóficamente Darnot.

Elia alzó las espaldas y repuso:

—Por qué somos vanidosos y necesitamos alhajas, y automóviles, y sofás Luis XVI, y criados; por qué somos esclavos de las pequeñeces que amamos... Mira esa vieja que vende anillos y alfileres... ¿La creés tu más digna de lástima que nosotros?... Ella se ríe del efecto que pueda producir... Tiene calor, y come cuando siente hambre...

Luego Juana tuvo una pequeña sonrisa ambigua, que anunciaba siempre en ella una frase cruel.

—Por lo demás, tú no me desagradas, Marcos, porque eres un pobre sodomita. Si fueras rico te odiaría.

—Vamos, menos mal...

—A Pablo de Fonteroy antes, en mi salón, de buena gana le hubiera pegado... Tenía el aspecto perfecto de bestia y rico... ¿Cómo llaman ciertas mujeres al hombre que las sostiene, y á quien ellas no aman?

—El *miché*...

—Eso. Se me ha aparecido con todo el aire del *miché*, á quien se explota y se engaña y se echa al agua alguna vez: Hará una graciosa figura, ahogado, inflado, flotando sobre el barro negro del Sena!... ¿Tú no te lo imaginas bien así?...

—Admirablemente—respondió Marcos con tono frío y cortante, que hizo estremecerse á Juana.

La puerta de la cervecería «¿Qué dices tú?», en el piso bajo de la casa de la calle de Pigalle, estaba

abierta cuando ellos llegaron, á pesar de la temperatura que había. Se veían los consumidores, un mostrador lleno de botellas, un cazo de porcelana y una gruesa mujer belfa, de ojos negros, que sonrió al ver á Dornot.

—¿La conoces?—preguntó á éste Juana.

—¿Si yo conozco á la Coco? ¡Pero si es una de las glorias de Montmartre! Es la dueña de la cervecería ó del cafetúcho este, revendedora, recelosa, entrometida. Se introduce en todas partes con un pretesto ó con otro, y fabrica mil chucherías que pasa para la venta á la señora Lavertat.

—¿La de la Avenida de Hoche?

—La misma... ¡Si las señoras elegantes que compran allí sus frivolidades supieran de donde proceden estas! Esa Coco es fuerte como tres turcos. Sería capaz de estrangular á la Mitron con dos dedos. ¡Ah, es una mujer notable!

—¿Estás aliado con ella? ¿Dáis juntos vuestros golpes?

—Todavía no.

Cuando estuvieron en su piso Juana se quitó el sombrero y la capa, y empezó á preparar unas flores para la mesa casi á tientas, en tanto que los criados llegaban á disponer lo necesario para la comida. Sacaba del agua en que los tenía los blandos tallos y los arreglaba. Marcos encendía la chimenea. Juana se reía de la fealdad de las pinturas que había en la habitación.

—Pues bien—dijo concluyendo en voz alta su pensamiento—es igual; á pesar de estas innobles franjas y de esas bolas de bronce dorado, esto es más cordial que lo de la plaza de Vendôme; ¿no piensas tú como yo?

Le tendió un jarro que él había pedido, y entonces se encontró con su mirada fija en ella y brillante en las tinieblas. Jamás le había parecido tan horrible su figura, su cara semejante á una máscara de yeso húmedo, como le pareció ahora.

—Está esto muy oscuro. ¿Vamos á dar luz, Marcos?...

El entonces se acercó á ella y no la tocó, pero tenía una expresión tal, que á no haberse quedado atemorizada, sin fuerzas para hacerlo, Juana hubiera gritado.

—Juana, me dijiste en España que todas las horas sonaban... ¿Te acuerdas?... Juana, te amo demasiado... Es preciso que me oigas...

Ella recobró su sangre fría y, ágil y brava, se echó á un lado, fuera del alcance de él.

—Eres tú, quien me tiene que oír á mí... Yo te amo á tí fraternalmente, por que eres un desgraciado, por que hemos juntado nuestras angustias y las hemos frotado una contra otra... Pero me equivoqué cuando te dije aquello en España...

—¡Juana!...

—No seré jamás para tí...

—¿Y no tienes inconveniente en darte á Pablo de Fonteroy!

—Mientes, y sabes que mientes. Pero si me diera la gana de entregarme á él, á ese canario, no te importaría absolutamente nada. No ha sido el amante de mi madre... Te prohibo mirarme así... Te prohibo soplarme tus deseos de ese modo en la cara... Tú velas demasiado y bebes demasiado, querido... y eso te hace perder la cabeza... Un día harás una necedad y me obligarás á echarte.

Juana hablaba de prisa y duramente, sin qui-

tarle los ojos de los suyos, pensando en su rebelión á la vez física y moral.

—Si se aproxima—se decía—le planto el jarro en la cabeza. En seguida rompo un cristal y llamo.

Pero no tuvo necesidad de nada de eso. Darnot se calmó instantáneamente y recobró su aspecto ordinario.

—Sea — dijo — Es demasiado pronto... Pero acuérdate de que llegará la hora, de que no puede dejar de llegar.

Entonces ella también dejó de sentirse fiera, posó el objeto que pensó le sirviera de defensa, y se fué sin miedo hacia el hombre que la desafiaba. Cuando estuvo tan cerca de él que oía su respiración le dijo:

—Otros me poseerán, sin duda... por que soy hija de mi madre... y Francisco no me bastará siempre... Pero tú, Darnot, has tomado el peor camino y no me encontrarás nunca... Tu destino es vivir en contacto conmigo sin atisbar de mí más que lo que puedas ver por el agujero de la cerradura de mi cuarto, ó lo que te permita contemplar mi vestido de baile. No se me conquista por la violencia. No soy María Montmelian. No tengo nada de lo que tienen las pequeñas burguesas.

Humilde, arrepentido, iba á responder Marcos, pero sonó la campanilla de la puerta y se contuvo.

—Es mamá—dijo Juana—vé á abrirla, y que no se repita jamás lo ocurrido.

Roja y encolerizada, Sofía llevaba en sus brazos un magnífico gato de Angora, gris, que dejó en el suelo en cuanto entró, y luego sin fijarse en la turbación de Darnot, dijo á su hija solemnemente:

—Niña mía, si vengo esta noche es á poner en

claro la situación nueva de hostilidad creada por tu suegra...

Pero Juana no estaba en sus horas de paciencia y de respeto, y la contestó:

—¡Ay, mamá, te suplico que no hagas escenas! La de ayer basta. Aun me dura el dolor de cabeza que me levantó...

—Tu eres una ingrata. ¡Después de lo que yo he hecho por tí! V. es testigo, Darnot.

—Darnot se ríe de eso, y tiene razón—respondió Juana alzando las espaldas.— Además fuiste tu quien durante toda la comida no hiciste más que contradecir á la madre de Francisco. Y desde mi sitio te oía yo burlarte de Enriqueta Cornet, su hermana, con Honestín... Posible es que sea parálitica la tía Enriqueta, pero sorda no es. Sin contar con que siendo ella la que tiene los cuartos, es más inoportuno tu proceder.

—¡Yo burlarme de esa pobre Enriqueta!... Lo que hago yo es compadecerla por estar bajo el imperio de su hermana... En fin, hija mía, ya sabemos quien es Clotilde Aubryet!... Nadie... No es digna de descalzarme á mi un zapato...

Viendo que las cosas iban tomando mal cariz, Marcos se retiró, y Juana continuó haciendo sus preparativos como si no fueran con ella las palabras de Sofía, repetidas diariamente. El disentiimiento de las dos consuegras había entrado en una fase aguda.

Sofía se puso á ayudarla, sin cesar en la enumeración de sus agravios. Bajo una capa suntuosa, estaba en traje de casa. De un saco amplio y largo, de camarera de comedia, sacó una caja de polvos, un pañuelo, dos gruesos lapiceros, un pequeño

espejo y aproximándose á la ventana rectificó su larga cara regular, cuyas carnes estaban ya blanduchas y colgaban flojas, á causa de los disgustos, los cuidados, las frotaciones y las pinturas. Al mismo tiempo iba atribuyendo á su enemiga todos los crímenes, acusándola de estar envenenando lentamente á Enriqueta para heredarla, de conspirar para conseguir la ruina de sus hijos Francisco y Juana, de extender por el mundo insinuaciones calumniosas contra la memoria de Verneuil.

—Si, si, ya lo sé, que me odia y que pretende hacer creer que asesiné á mi marido á «fuego lento»... Ella lo ha dicho así... Se lo ha repetido á la duquesa...

—¡Pero mamá, tu conoces bien á Eva de Sornine: no sabe qué inventar para enemistar á las gentes!...

—Deja, pequeña, deja. Tu madre es juiciosa y está bien informada... ¡Contra mí, sea; ya he sufrido otras calumnias... pero que las invente esa... esa!...

—Zorra—apuntó Juana irónicamente.

—Eso, si; que las invente esa zorra contra la memoria de tu padre, no lo consentiré yo jamás...

Juana acabó de encender las luces, y se cruzó de brazos diciendo:

—Ahora espero á Victor, Lucia y Sylvain para cerrar. Yo no puedo hacerlo todo...

Sofía continuaba. Había transportado su pequeño bagaje á la chimenea y allí se frotaba su nariz y sus mejillas incansable, interrumpiendo la operación únicamente para jurar que ella tenía todavía pico y garras para defenderse, y que la bastaría meter en línea á sus adoradores y amigos para

hacer perder á Clotilde toda la reputación que tuviera.

—Se me quiere á mí, hija mía, y se me admira. Laura Montmelian misma, tu no lo crearás, me ha suplicado que renovemos nuestras antiguas relaciones...

—No me extraña eso...

—Yo me negé por cariño á tí, por que yo me exajero mis deberes, pero Laura no me ha hecho nunca más que bien. Ha estado siempre cariñosa y atenta conmigo... Me acompañó cuando la muerte de Estanislao al lado del cadáver, y esto fué un verdadero sacrificio por su parte...

Sofía había notado otras veces que este tema disgustaba á su hija, y procuraba no abandonarle, pues guardaba aún el rencor que la había producido la mezquindad del aguinaldo de Juana. Ahora, sin embargo, la joven no pareció alterarse. Cogió un libro y se instaló bajo la lámpara, cerca de la furia. Su impasibilidad aumentaba la rabia de esta, que siguió:

—¿Qué es lo que gano con ese divorcio y con este segundo matrimonio, me lo quieres decir?... Pierdo una amiga de la infancia, un sostén para los días de la adversidad...

—Tu la reconquistas de tiempo en tiempo, á la señora del «Nuevo París». Ama las lágrimas esa filántropa, y cuando se va lloriqueando á donde ella, claudica y todo se arregla.

Sofía no oía nunca lo que la pudiera atar y añadió obstinadamente:

—Ese Francisco no es todavía tu marido, y me trata ya peor que á una suegra. Si pudiera me haría dormir en la bohardilla ese perezoso, ese vicioso, ese hombre sin fé...